

Capítulo XI

Madriguera de lobos

GARCÍA del Pilar había quedado inmóvil en el dintel de la puerta, cual si de súbito sus pies hubieran echado raíces que le amarrasen á las piedras que pisaba.

Lívida su fisonomía, extraviados sus ojos, hubiérasele creído próximo á enloquecer.

Su diestra oprimía aún la empuñadura de su espada, á cuya hoja comunicaban sus crispados dedos el estremecimiento que agitaba su brazo, rígido también é inmóvil.

Era casi imposible reconocer en aquella especie de viviente estatua al terrible y pérfido agente del presidente y oidores de la Audiencia.

Vino á sacarle de aquella especie de marasmo la mano burda y pesada de Diego Delgadillo, quien, al

apoyarla en un hombro de Pilar, díjole, sorprendido de encontrarle solo y en aquella actitud:

—¿Qué es eso, Pilar? ¿Cansado de vencer á los hombres, quizás te ensayas en arremeter contra las sombras?

¿Qué hace ese acero fuera de la vaina cuando no se ven enemigos?

—Razón tenéis, Delgadillo,—contestó García, volviendo á medias en sí;—no siempre se ven los enemigos, y los que ver no se dejan suelen ser los más arteros y terribles.

—No te entiendo: ¿qué me quieres decir? Paréceme extraviado.

Pero, en fin, el tiempo pasa, y ya me lo explicarás en el camino.

En marcha, pues, que se hace tarde, y Tezcoco está lejos.

Tomemos los caballos.

—Los caballos!—repitió Pilar, como si no supiese de lo que se trataba;—¡los caballos! ¿para qué?

—¡Ira de Dios!—replicó molesto Delgadillo;—pareces beodo ó dormido; ¿qué es, con cien mil de á caballo, lo que te sucede?

—Ah! sí,—exclamó Pilar, recobrándose;—tenemos que salir para Tezcoco, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero no podemos salir para allá.

—¿Eso dices, cuando por seguir en un todo tus instrucciones, y quedar en libertad para seguirte, acabo de contestar á un criado de Nuño de Guzmán, que de su parte vino con urgencia á llamarme, que no puedo acudir á su cita?

—¡Cómo! ¿Nuño os ha mandado llamar?

—Y con urgencia.

—Sí ¿eh? Sin duda él sabe también...

—¿Qué cosa?

—Que el *electo* nos va á jugar una mala pasada que puede costarnos la vida.

—¿Esas tenemos? ¿de cuándo acá os inspira temor el *electo*? ¿no le tenemos acaso bajo nuestros piés?

—Error, Delgadillo, error.

—¡Vive Cristo!—replicó disgustado el oidor;— ¿estás trastornado de veras ó quieres trastornarme á mí?

—Delgadillo, ni una ni otra cosa; pero, creedme, la situación es grave, muy grave, y...

—¡Con cien mil de á caballo! explicate, y sin rodeos, ó ¡por Cristo! que te hago ahorcar si prosigues en burlarte de mí con el espantajo del *electo*.

—¡No lo es el maldecido fraile!—dijo con voz colérica y agitada un hombre que en aquellos momentos entró en el zaguán de la casa de Delgadillo.

—¿Vos aquí, Nuño de Guzmán?—exclamó el oidor.

—Yo, sí, que vengo á buscaros, ya que no os dignasteis obsequiar mi llamamiento.

Yo, que vengo á repetiros lo que sin duda os estaba diciendo Pilar.

La situación es grave, muy grave: el *electo* va á ponernos entre la espada y la pared.

Si no nos precavemos de sus industrias nos pasa de parte á parte sin remedio.

Pero entremos en vuestra casa, que no es el zaguán, por mi fe, el lugar más á propósito para lo que de tratar tenemos.

Delgadillo obedeció de mala gana, y todos los tres, Pi-

lar, Delgadillo y Nuño, pasaron al interior de la casa.

Hallándose ya en el despacho del oidor, á su pregunta de «¿sabré, por fin lo que sucede?» Nuño de Guzmán contestó:

—Sucede que, si el diablo no lo remedia, el buen *electo* va el mejor día á darnos un disgusto que no nos salga del cuerpo en tanto tengamos vida.

Sucede que, si como esta carta ha venido á dar en mí poder va á dar en el de S. M., á quien dirigida iba, no hubiéramos sacado de ella menos que la horca.

—Pues ¿qué dice en ella?

—¡Ahí es nada! nada menos que la verdad, que es nuestra mayor enemiga.

De vos, Delgadillo, dice que habéisles tomado á los indios de Tacuba un cercado grande de muchas arboledas y flores, y en él hacéis construir una excelente casa de placer, que surtís de cuanto allí necesitáis, vendiendo los tributos que al rey corresponden por medio de vuestro hacedor el pastelero y confitero Lerma.

Acusa al licenciado Matienzo de un semejante despojo, y da por señas que es á su vez su hacedor el borceguinero Antón, á quien acusa de prohibido y azotado por la Santa Inquisición.

Trata á mi peor que á todos, y largamente enumera los palacios de muchos cuartos y trascuartos que fabrico para vivienda, y pondera mis molinos de Atacubaya, contruidos en lo más principal del pueblo, en sitio quitado al señor de aquellos indios, cuyas labranzas y sementeras supone arruinadas por yo haberles quitado el agua con que las regaban.

Añade que estamos todos tres bien hacendados de mucha copia de indios que nos sirven de esclavos, y nos

cogen oro de las minas, de posesiones de muchas ovejas, vacas y yeguas, y de más de treinta mil pesos en oro cada uno.

Nos acusa de haber despojado á los conquistadores de sus repartimientos, y de habérselos cedido á nuestros criados y paniaguados, y no deja, en resumen, vicio, despojo, robo, latrocinio, violencia, crimen y delito de que no nos acuse y de que no nos culpe.

De Pedro de Alvarado dice que por nosotros ha sido destruido y robado; porque de todo cuanto trajo de Castilla, que fué tanto aparato y cosas ricas como un conde principal pudiera traer, de todo no le hemos dejado un pan que coma; y según él, la plata mucha y por extremo bien labrada, la tapicería y otras cosas de mucho valor, hoy día las tenemos nosotros y nos servimos de ellas; sin que de todo esto nadie haya osado mandar informar al rey, porque por miedo á nosotros no hay escribano que se atreva á hacer informaciones, y aunque se hiciesen no se enviarían, porque todas las cartas las tomamos en los puertos, aunque vayan intituladas á S. M.

Nos acusa igualmente de la destrucción y despoblación de estos reinos, y afirma que, temerosos de nosotros, los indios se huyen á los montes ó se dejan morir de hambre, prefiriéndolo todo á la desgracia de servirnos.

Hé aquí, en resumen ligero, los cargos principales que nos hace y promete detallar más por extenso en una carta próxima.

Aparte de esto, dice que tales son nuestros desordenados apetitos que no hay moza bien parecida de que no nos sirvamos, ni padre ni marido que no haya razón para darse por nosotros agraviado.

Denuncia que á la misma sala de la Audiencia damos acceso á nuestras mancebas, y bajo dosel las sentamos, y por su parecer de tal modo nos regimos que todo se sentencia y resuelve según ellas en su influencia lo quieren, y según el monto del cohecho que en pago recibimos.

Paréceme que no puede decirse más de nosotros en más reducidas páginas.

—En verdad que el tal *electo* no nos trata de lo mejor; pero ¿quién va á hacer caso de ello si sus cargos no pasan de ser desahogos de parte agraviada?

—¿Cómo! ¿seréis capaz, Delgadillo, de no dar importancia á estos informes del *electo*?

—Ni se la doy ni se la niego, Nuño de Guzmán; y pues logrado habéis interceptar la carta, callaos la injuria que nos hace en ella, y dejad que crea que para su destino ha salido.

—Puede, D. Diego, que tengáis razón.

—Téngola sobrada, y á más algo más grave que esa carte del *electo* debe preocuparnos.

—¿Sí? ¿qué es ello?

—Es, según acaba de decirme Pilar, que para mañana nos tienen preparado los franciscanos un sermón en que darán respuesta al papel que les dirigimos acusándoles de ser su falso celo religioso la causa del malestar de estos reinos, y el pretexto que los indios invocan para andar alzados y descontentos.

—Pues con no asistir al sermón todo quedará compuesto.

—No es así como yo pienso.

—¿Cómo entonces?

—Juzgo que asistir debemos, como si nada temiese—

mos, á la misa y al sermón; y si éste fuese como se nos dice, impondremos silencio al predicador, ó le lanzaremos del púlpito, cualquiera que sea el escándalo que se produzca, y de este modo sabrán á qué atenerse para lo sucesivo.

—Peligroso es el remedio.

—Sí lo será, pero á grandes males grandes remedios.

—Casi me habéis convencido, y más tranquilo que vine me retiro. Quedad, pues, con Dios, Delgadillo, y no faltéis esta noche á mi casa, á fin de que me deis vuestra opinión sobre si debo ó no comprar un rico jaez de seda blanca con fajas esmaltadas de verde y salpica-das de aljófar y perlas, que es todo lo que hay ver.

—¿Esta noche?

—Esta noche, sí.

—Pues desde ahora os digo que no me aguardéis.

—¿Por qué?

—Es cuenta mía que no tiene por qué interesaros.

—Comprendo y no insisto en pedir os explicaciones: quedad, pues, con Dios, y no olvidéis que mañana debemos asistir á la misa de la iglesia mayor.

—Descuidad, no faltaré.

Cuando Nuño de Guzmán hubo salido, García del Pilar, que ninguna parte directa había tomado en la plática del presidente y el oidor, salió de su retraimiento, diciendo á Delgadillo:

—¿Insistís, según eso, en trasladaros á Tezcoco?

—Sí y no.

—No comprendo.

—Me has dicho que en mi nombre has aceptado una cita de la hermosa Esperanza Ponce.

—Así es en efecto.

—Bien comprendes, entonces, que sería yo un mal caballero no concuriendo á ella.

—Ya, pero esa cita está fijada para mañana, y mañana no podréis...

—Es cierto, pero todo puede arreglarse haciendo que la entrevista se verifique esta noche.

—Pero...

—No hay pero que valga: así lo quiero y así ha de ser.

—Pero es que esta noche no podré acompañaros.

—Tampoco te lo exijo: soy tolerante con mis buenos servidores; y si tus asuntos particulares exigen que no me acompañes, consiento de buen grado en que aquí te quedes.

—Os lo agradezco, señor.

—Sea en buen hora; pero como disponemos del tiempo para ello suficiente, ve tú de darte trazas para avisar á Esperanza el cambio de la hora de la cita.

—¿Y si á ello se opondrá...

—No se opondrá si le dices que estoy resuelto á entregarle esta misma noche los papeles que tú has adquirido y constituyen prueba bastante de los crímenes de los Ponce.

—No lo son tanto, ya os lo he dicho.

—No importa, y basta con que Esperanza lo crea: conque así dámelos y parte á cumplir tu comisión.

—Tomadlos,—dijo Pilar, entregando á Delgadillo la declaración escrita algunos años antes por Pedro Fañez.

—Bien está; ahora disponte á cumplir tu comisión.

—¿Qué hora debo señalar para la cita?

—Deja á Esperanza que ella misma la señale, con tal que sea esta misma noche.

Pilar cumplió el encargo de Delgadillo como él cumplía siempre estas comisiones, y el oidor lo dispuso todo para encontrarse en punto de la media noche frente á las ventanas de Esperanza, que ofreció bajar por una escala de cuerda de que estaba provista, y á la cual ya vimos jugar su papel en un capítulo anterior, hasta el lugar en que haría al oidor el sacrificio de su honra por salvar la de sus hermanos.

Capítulo XII

Transformación

EN uno de los precedentes capítulos dejamos á los tres hermanos Ponce de León en una de las más críticas situaciones imaginables.

El desventurado Alvar, el tierno amante de Catalina de Cardona, era de los tres quien más sufría.

Rodrigo, que era la viva encarnación del odio de los Ponce contra la familia de los Cardona, no sólo había hundido cruel puñal en el corazón de su hermano, sino que recreándose en su obra habíale removido dentro de la herida, rompiendo las entrañas de su infelice víctima.

Sin querer creerlo, Alvar veía á su pesar que las voces, en el mercado recogidas por Rodrigo, tenían una tremenda apariencia de verosimilitud.

El matrimonio de Catalina con Jerónimo Ruiz debía

quitar á los Ponce la última esperanza de recobrar la inmensa fortuna de que los privó en un día el rencoroso hermano del marqués.

Natural era que la condesa temiese las asechanzas que para impedirlo pusiesen los Ponce en juego y tratase á cualquiera costa de evitarlo.

Esto explicaba la extraña resolución por ella tomada de celebrar con el mayor de los Ponce una conferencia, en la cual se tratase de la reconciliación de ambas familias.

A prepararla había cooperado sin duda la hermosa Catalina, procurando y consiguiendo ganarse la voluntad de Alvar.

Esta idea le desesperaba y producía tormentos indecibles.

Alvar amaba á Catalina con cuanto entusiasmo cabía en su alma, y la amaba sin esperanza, porque como bueno y sincero amador, se juzgaba indigno de merecer su correspondencia.

Más aún; en el caso de que su pasión hubiera sido correspondida por la joven, Alvar, era su resolución, no habría aprovechado esta correspondencia para casarse con Catalina.

Alvar esperaba que la suprema felicidad de la correspondencia de la joven, sería bastante para causarle la muerte.

No quería que pudiera suponerse que le había inducido á conquistar á Catalina la ambición de poseer su colosal fortuna.

Y por lo mismo que su desinterés era tan grande, le mortificaba y dolía más y más la idea de que Catalina hubiera podido abusar de él, facilitando el crecimiento

de su pasión, con el único objeto de destruir los gérmenes de la vieja enemistad de ambas familias y asegurar por este medio su felicidad con otro hombre, más que él afortunado.

—¡Oh! sí,—repetía sin cesar,—concurriré á esa cita con el exclusivo fin de averiguar si Catalina ama á Jerónimo Ruiz.

Y si de ello me convenzo, si en efecto me ama, me daré muerte y permitiré de este modo que Rodrigo lleve á cabo la recuperación de esa fortuna odiada, causa de todos los infortunios de los Ponce de León.

Aquella noche fué para el desgraciado Alvar, noche de horrible y atormentador insomnio.

Con el silencio, su imaginación, exaltada por el combate íntimo de las más encontradas ideas, con ellas oprimió su corazón que rebosaba de dolor.

Hubo un momento en que, no pudiendo hacer salir las lágrimas á sus ojos, sintió que se ahogaba, que su respiración se detenía, que le faltaba el aire vital.

Corrió á la ventana, la abrió y sacando por ella medio cuerpo aspiró ansioso el perfumado ambiente de una atmósfera saturada de dulcísimos aromas.

Y al fin pudo llorar.

Y como si el torrente de su llanto hubiese lavado su vista oscurecida, sus ojos hasta entonces ciegos para el mundo real, se fijaron en una sombra que recortaba su oscura silueta sobre el fondo más claro de la tierra, iluminada por la tenue claridad de una luna envuelta en leves girones de plateadas nubes.

Sin duda la sombra distinguió también á Alvar en su ventana, porque dejando su lejanía fuese peccó á poco acercando.

No se necesitó mucho rato para que Alvar reconociese en la sombra á su hermano Rodrigo.

El era en efecto, y al estar más cerca con voz breve y que procuró sofocar, dijo á Alvar:

—Baja pronto, Alvar: salta por la ventana.

Así lo hizo Alvar, cayendo sin lesión en tierra.

—¿Qué ocurre? ¿que haces aquí? ¿para qué me necesitas?

—¡Silencio!—exclamó Rodrigo en voz bajísima y llevando á su hermano hacia un grupo de altas malezas trás del cual se ocultaron.

Dejóse oír un corto y agudo silbido y un instante después las maderas de la ventana de la habitación de Esperanza Ponce, se abrieron de par en par, y la joven dejó resbalar una escala de cuerda.

Un hombre saltó entonces de entre los árboles que enfrente quedaban y sujetó el extremo inferior de la escala, por la cual comenzó á descender la sin duda mal aconsejada Esperanza.

Alvar quiso salir de entre la maleza y correr á arrojarle sobre los criminales, pero Rodrigo le detuvo con fuerza hercúlea, diciéndole:

—Espera: antes de castigar sepamos quién de los dos es el más delincuente: sígueme.

Los dos hermanos, después de descalzarse, fuéronse arrastrando como tigres que acechan su presa, hasta llegar sin ser sentidos á unos cuantos pasos de los delinquentes.

—Cumpló mi palabra,—dijo Esperanza con voz de espantosa angustia.

—Cuánto os lo agradezco, idolatrada y angelical criatura; cuánto os lo agradezco y cuán venturoso me ha-

céis, porque os amo, Esperanza, como yo creía que era imposible amar.

—Podéis, señor, suprimir toda palabra que á vuestro mentido amor se refiera.

Sé que no me amáis; sé que no podéis amarme, y har-to lo prueba la villanía que conmigo estáis cometiendo: sois un infame y vil caballero, pero á todo estoy resuelta, y nada me importa mi espantoso sacrificio, si con él logro salvar á mis hermanos.

Concluyamos, pues.

¿Habéis traído esos papeles?

—Sí, Esperanza mía, aquí están todos.

—Dádmelos.

—Tomadlos, Esperanza.

—Pero antes de concederos el infame pago que por ellos me exigís, me permitiréis examinar si son ó no son los verdaderos.

—¿Dudáis de mí?

—A todo me autoriza vuestra villanía.

—¿Cuán injusta sois conmigo! ¿Por qué suponéis que pueda yo tener interés de ninguna especie en causar la desgracia de vuestra familia?

¿Acaso me habéis hecho alguna vez mal de ninguna especie?

Lejos de aborreceros ¿no amo quizás en vos á la más adorable de las mujeres?

No, Esperanza mía, no soy la hiena carnífera que en mí suponéis, engañada por mi detestable fama.

Quiero insistir en esto para que cuando yo os estreche entre mis brazos, no vengáis á ellos odiándome, ya que no puedo evitar que me despreciéis.

Ni aun vuestro desprecio merezco, porque, creedlo,

Esperanza; os amo con verdadera pasión, con verdadera idolatría, y si procedo como proceder me veis, es tan sólo porque estoy seguro de que nunca querréis amarme por libre y espontánea inclinación.

Decidme que me engaño; prometedme, juradme que llegaréis á amarme y no me acercaré á vos esta noche, y os permitiré volver pura y libre á vuestra casa, y esperaré á que vos misma, convencida de mis rectas intenciones, me llaméis otorgándome una verdadera cita de amor.

¿Puedo mostrarme más generoso y caballero con vos?

Credme, Esperanza, no es una brutal pasión la que á vos me inclina; me juzgo capaz de amaros como sin duda no he amado á otra mujer en el mundo, pero me exalta, y embrutece, y ciega, el atroz desdén con que me tratáis.

Prometedme lo que os pido, y, os lo juro, nada tendréis que temer de mí.

Vedme con piedad, Esperanza, y creed que yo mismo me admiro de cuán otro soy para vos, de lo que siempre he sido para las mujeres.

Prometedme amarme de manera que yo pueda tener fe en vuestra promesa, y al cabo del término que vos misma me impongáis, volveré á exigiros su cumplimiento como cualquier honrado caballero.

Hasta entonces, os juro por vuestro mismo amor, que esos papeles no saldrán de mi poder ni los verá hombre alguno nacido, y os prometo además que quien quiera que sea quien trate de alzar el velo que cubre los crímenes de vuestro padre y vuestros hermanos morirá indefectiblemente por orden mía.

¿Qué más caballero me queréis?

Y entended que ofreciéndos lo que os ofrezco hago traición á mis mejores amigos, interesados en vuestra ruina y completa destrucción, y hago también traición á una de las más justas y nobles causas que recurrir pueden al auxilio de la humana justicia: la de una infeliz y virtuosa joven á la cual el marqués de Ponce y vuestros hermanos robaron su fortuna y asesinaron á su anciano padre, huésped suyo, lo cual agrava y acrece su atroz delito.

—¿Mentís, Delgadillo! eso es una infame calumnia,— exclamó la pobre joven rompiendo á llorar con tan amargos sollozos que el alma partian de compasión.

—¿Pobre Esperanza!—replicó conmovido Delgadillo;— me desmienten vuestros labios, y vuestro llanto y vuestro dolor desmienten vuestro mentís!

—¡Oh! ¡por piedad, por piedad! salvadnos, salvad á mis hermanos y disponed de mí como de una esclava.

—Sí lo haré, Esperanza, sí lo haré; pero juradme que algún día me amaréis.

Jurádmelo y yo os respondo de todo.

Jurádmelo y yo evitaré que vuestros enemigos lleven adelante su propósito de interrogar ante un tribunal á vuestra madre.

—¡Oh! Delgadillo, eso sería una infamia; matarían á mi desventurada madre, y la matarían sin resultado alguno, porque ¿qué prueba legal puede constituir la declaración de una loca?

—No queráis engañaros á vos misma, adorable Esperanza, la locura de vuestra madre la origina tan sólo el peso del secreto que se imagina que ella sólo posee.

Si algún día llega á convencerse de que alguien más que ella está al tanto del misterioso crimen...

—¿Y quién podrá creer que en efecto lo está?

—¿Quién, Esperanza?

—Sí.

—Yo.

—¿Vos?

—Sí: podéis negar que yo le conozca.

A esta pregunta de Delgadillo, Esperanza volvió á entregarse de nuevo á sus sollozos sin osar responder cosa alguna.

El oidor continuó así:

—Vuestro silencio y vuestro dolor son la mejor respuesta que podéis darme; no quiero, por lo tanto, insistir y no lo quiero porque vuestro pesar me llega al alma y me cambia y me transforma para con vos.

¿Qué genero de demencia ó de lucidez me embriaga en estos momentos?

No lo sé, pero puedo aseguraros que de hoy en adelante seréis sagrada para mí.

Mi amor hacia vos se engrandece y agiganta dentro de mí, y renunciando al abuso y á la violencia, esperará, os lo prometo, la correspondencia del vuestro.

No olvidéis que cuando habíais convenido en sacrificaros yo no he querido aceptar vuestro sacrificio, y de bandido me he cambiado en caballero.

Pensad que algún premio merece mi conducta, y pensad que si voluntariamente me retiro de vos es porque espero que, reconocida á mi conducta vos misma me llamaréis más ó menos tarde.

Guardad esos papeles que os he entregado y destruidlos si queréis.

Pero tened presente que, si contra lo que espero, olvidáis mi conducta generosa, mientras viva el hombre

que esos papeles escribió no me faltará modo de obligarle á dictar otros, sometiéndole al tormento.

Y ahora, Esperanza mía, adios; subid á vuestras habitaciones, recoged la escala y pedid á Dios que os permita vencer vuestro desamor hacia mí.

Esperanza nada acertó á responder á Delgadillo, y dejándose por él conducir hasta la escala de cuerda, pronto desapareció de la vista del oidor.

Tomó éste su caballo que amarrado tenía á un tronco no distante de la casa de los Ponce, y poco después los ecos de la localidad repitieron los ruidos producidos por el rápido galope del ligero bruto.